

ZAIRE, PROVINCIA EN PLENO DESARROLLO

1 Octubre 1981 - Carta - Roma

Las vocaciones africanas. - Dejarnos modelar por nuestra misión. - Creer en los hombres. - Creer en la gracia de Dios.

L.J.C. et M.I.

Al tiempo de felicitaros hoy cordialmente las Navidades y el Año Nuevo, quisiera hablaros de mi reciente visita al Zaire y de las impresiones que me ha dejado.

El pasado 8 de septiembre, la viceprovincia celebraba el 50º aniversario de la llegada de los oblatos. Antiguos misioneros habían acudido para unirse a la fiesta. Estaban también presentes otros representantes de las provincias de Bélgica-norte, de Bélgica-sur, de Holanda y de Lesotho, y de la delegación de Transvaal occidental, así como el Padre Tomás Manyeli, Consejero general para África, y el P. Yvon Beaudoin, especialista en Mons. de Mazenod y predicador del retiro a los novicios y escolásticos.

Las vocaciones africanas

El 7 por la tarde, empezaban el noviciado 15 jóvenes, 5 de ellos de Camerún-Chad, y el 8 hacían los votos 37, 2 de ellos votos perpetuos. Luego hubo un congreso provincial de tres días, muy abierto y amistoso. Reunía prácticamente a todos los miembros de la viceprovincia, de los cuales hoy más de la mitad son novicios o escolásticos.

Fue una celebración magnífica. Fue sobre todo la visión de una provincia oblata que está renaciendo, y que crece, que da nuevos hijos a la Congregación, hijos del país, y que rejuvenece a medida que avanza en edad. ¡Y esto es hermoso como la esperanza! Realidades como ésta nos ayudan a comprender mejor el misterio de Navidad. Cristo vino, se encarnó entre nosotros, conoció el sufrimiento y la muerte; luego resucitó y dio la vida a una muchedumbre.

Dejarnos modelar por nuestra misión

Mientras volvía a Roma, en el avión, pensaba en todas estas cosas y en lo que significan para nosotros, oblatos. A menudo nos falta fe. Nos falta fe en los hombres y nos falta fe en la eficacia de la gracia de Dios. Si aceptáramos verdaderamente dejarnos modelar por nuestra misión y evangelizar por los hombres a quienes somos enviados, quedaríamos asombrados. La gracia de Dios no es menos poderosa y no hay menos generosidad en el corazón de un zaireño o de un boliviano que en el de un francés o el de un ceilanés.

Un veterano de la misión, siempre activo, me confiaba entre dos sesiones: "Al principio de mi vida aquí, jamás hubiese creído ver lo que hoy estoy viendo. ¡Estoy maravillado!".

La viceprovincia de Zaire tuvo una expansión bastante rápida en sus comienzos; vivió luego horas de grandes sufrimientos, tres de sus Padres fueron asesinados y la mayor parte de sus misiones fueron saqueadas y destruidas... Durante la prueba, los misioneros y sus pocos hermanos zaireños resistieron. No se desanimaron; los cristianos los sostuvieron. Poco a poco todo volvió a empezar, humildemente, en la pobreza y en la fe.

Un cristiano de Idiopa, que por primera vez después de once años volvía a ver a Mons. Toussaint, quedó impresionado por su gran estatura y le hizo esta reflexión: "Te has hecho como tres hombres". En lo físico, no sé si es cierto, pero en el orden espiritual y oblato, de muchos oblatos puedo afirmar que es verdad, y en todas las partes del mundo. La misión los simplifica y los acerca a Dios.

Ya en el siglo XVII, María de la Encarnación, lo expresaba al ver la obra de la gracia en un jesuita del Canadá: "La acción de Dios, escribía, lo ha metamorfoseado por completo... Se ha vuelto del todo sencillo, del todo despojado, del todo cordial... No tiene apego a nada en el

mundo. Esto es, a mi corto entender, añadía, una recompensa que (el Señor) quiere dar a las almas que le han servido en el prójimo, servicio que lleva consigo grandes fatigas y en el que uno está casi siempre fuera de sí..." (Carta de 27-9-1644). Esto se sigue verificando todavía hoy.

Creer en los hombres

Para tener éxito en la obra misionera, hay que creer profundamente en los hombres a los que evangelizamos. Son hermanos nuestros y llevan en sí todas las posibilidades de bien que hay en nosotros, y tal vez incluso más. Solo la confianza y el amor pueden hacer crecer esas posibilidades. Se construye a alguien en la medida en que se le ama y se le da confianza.

Ese es, por lo demás, el primer don que el hombre espera de su hermano. Dudar de alguien es comenzar a destruirle. No se ignoran con eso los límites de un ser. Se sabe que habrá fracasos y decepciones. Jesús tuvo varios con los Doce; los tiene con nosotros. Todas las provincias los tienen. Esto nunca nos debe impedir poner confianza en los hombres. Además, confiar en los hombres es confiar en Dios que actúa en los hombres.

Sentaba bien oír a jóvenes zaireños decir con sencillez: "Seguid dándonos confianza. No deberíais pensar que entramos en los oblatos por deseo de promoción social o por proseguir estudios. Entramos porque creemos que Dios nos llama y porque queremos, como vosotros, consagrar nuestra vida a la evangelización de los pobres. Como vosotros también, contamos con la gracia de Dios para perseverar en la castidad, la pobreza y la obediencia".

Creer en la gracia de Dios

Imposible ser misionero si no se cree que Dios está actuando en el mundo. Está actuando en todas partes, pero tal vez en forma más notoria entre los pobres que conocen el hambre, la injusticia, la miseria y la opresión.

Cuando Jesús vino la primera vez, los que lo reconocieron y acogieron fueron en primer lugar algunos pobres, personas de corazón sencillo, no endurecido por el apego a las riquezas y al poder. Aquellos hombres y mujeres esperaban un Salvador. En ellos a menudo la gracia es más activa; encuentra menos oposición. Cuando los muchachos tocan la flauta, son capaces de bailar; y cuando entonan lamentaciones, no tienen miedo de llorar (Lc 7, 31-35). Lo que no sabrían hacer los escribas y los fariseos.

¿Por qué en la actualidad la fe cristiana está experimentando un retoñar de vida en África, en América Latina y en Asia, mientras que se debilita en varios países de Europa y en Norteamérica? Pueden darse explicaciones sociológicas y psicológicas, pero hay también otras, de otro orden, que solo el creyente puede comprender.

Pronto será Navidad. Os deseo a todos la esperanza y la fe. Tened en vosotros la certidumbre que da la fe y vivid abiertamente, con amor y con sencillez, las realidades en que creéis. Con San Pablo os digo: "Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y el primero de ellos soy yo" (1 Tim 1, 15).

Creed en Jesucristo, sed conscientes de vuestros propios límites, y seréis capaces de brindar a los hombres confianza suficiente para cooperar eficazmente a su salvación.